

El poder asirio de los Sargónidas a principios del siglo VII hizo que quedaran en silencio los reñecillos o ciudades libres de Siria. Judá especialmente se mantuvo muy tranquilo. Ciertamente no poseemos detalles del reinado de Manasés, como si los analistas ortodoxos enemigos de aquel reinado hubieran querido borrarlo de la Historia. Lo que leemos en los libros de las *Crónicas* de una supuesta cautividad de Manasés en Asiria es pura fábula. Los documentos asirios, que nos informan ampliamente de las luchas de Asarhaddón y Asurbanipal con Egipto, de sus campañas devastadoras contra Fenicia y sobre todo contra Sidón, nada dicen de Jerusalén y presentan a Manasés como vasallo de Asiria. El estado existente entonces parece haber sido una paz mediante tributo, dejando al rey su libertad de acción en lo interior de sus Estados. El papel político de los profetas parece al fin nulo en tiempo de Manasés, y la política del rey y clases directoras más libre, y por tanto más exenta de causas perturbadoras. El buen sentido de la nación, entregado a sí mismo, tenía que comprender que la paz con Asiria era obligatoria. Todos los pequeños reinos de Siria sabían que su existencia sólo era posible como miembros de un gran imperio feudal que abarcara todo el mundo de Oriente. Incluso el Asia Menor entró en esta especie de confederación anterior a la que fue presidida por persas y griegos, y más adelante por los bizantinos, los califas, los mongoles y los turcos.

A causa de este período de paz apareció un gran bienestar material para Judea. Los reinados de Manasés y Amón fueron al parecer muy

prósperos. La corte y las clases superiores, emancipadas de la censura de los pietistas, introdujeron desarrollos en el lujo, modas nuevas procedentes de Egipto y Fenicia. Los jehovahístas ardorosos se vengaban interiormente imaginándose a Nínive como reservada a una destrucción próxima.

Verdaderamente, la violencia de las masas militares de la época no permitía ninguna construcción que durase mucho. La poderosa Nínive era molestada sin cesar. Empezaban las invasiones de los escitas; se organizaban los medos; la fuerza asiria dividida contra sí misma inspiraba poca confianza. Las monarquías como la de Asiria, que tienen dos capitales (Babilonia y Nínive), tienden forzosamente a separarse. Tanta fuerza y tanta debilidad sorprendían a los jehovahístas. Aquellos imperios que se derrumbaban unos sobre otros agradaban a su imaginación y la excitaban. Israel adoptaba la actitud que debía observar durante siglos: la de ser un pueblecillo malévolo entre otros pueblos, que sabía predecir su ruina con admirable sagacidad y aplaudirla. Un tal Nahum, probablemente de Judea, parece que tuvo en aquellos tiempos turbios una clarividencia singular. La toma de No Amón (Tebas de Egipto) por Asurbanipal en 663, que sucedería mucho tiempo después, pero por pasión Nahum la consideraba muy cercana. El patriota israelita se estremeció de júbilo, pensando en la destrucción de Nínive, por haber hecho daño a Israel.

Dentro de un siglo tan agitado como el VII antes de Jesucristo, no era muy aventurado hacer predicciones sombrías. Quizá se notara ya la presión de medos y escitas. El odio bastaba para inspirar semejantes previsiones. Distínguese Nahum de los muchos profetas en que no mezclaba con sus anuncios siniestros ninguna esperanza de conversión, ninguna predicación moral. No parece un *anav* perseguido, sino un nacionalista que se alegra de ver en lo porvenir la desgracia de los enemigos de su patria. Es sorprendente su moderación durante el reinado de Manasés, tan odioso para los profetas, y esto prueba que fue muy exagerado lo que se cuenta de las vejaciones sufridas por los *anavim*. Probablemente se reduciría todo a las represalias que los mundanos tomaron con una cofradía intolerante. Puede ser que Manasés tuviera profetas que comprendieran el jehovahismo al estilo antiguo, como religión de un dios de provincia o de tribu.

Manasés falleció a la edad de sesenta y siete años. Su memoria fue abominada por los exaltados. Durante más de medio siglo cuantos males sufrió la nación fueron, según los pietistas, castigo de los crímenes inexpiables de Manasés. Fue enterrado en el jardín llamado de Uzza, junto al palacio. Amón, hijo de Manasés y de Mesullement, no reinó más que dos años. Siguió los ejemplos de su padre y dejó en el círculo *anavita* un recuerdo maldecido. Fue asesinado en su palacio por sus oficiales. Por lo visto era popular, porque el pueblo mató a los conspiradores y proclamó rey a Josías, niño de ocho años, hijo de Amón. La regencia que gobernó en nombre suyo parece que siguió lisa y llanamente los principios de gobierno de Manasés y Amón. Los *sarim* o príncipes de sangre real, más aficionados que nunca a las modas extranjeras, sentían, deplorablemente, inclinación por sacrificar las costumbres antiguas a lo que enton-

ces se consideraba como progreso de la civilización. Iedida, hija de Adaya, madre del rey, ocupó indudablemente la presidencia del Consejo, y las mujeres pertenecientes a la aristocracia de Judá eran poco aficionadas a las ideas anavitas, que les parecieron novedades peligrosas. A los tres años se casó el rey con Zebudda, hija de Pedaiah, y a los dos años con Hamutal, hija de Irmiah, y las dos fueron madres de reyes.